

si una nacion grande además de estas, si la Francia hubiera seguido su terrible invitacion, ¿quién puede calcular, dejando aparte los milagros, lo que hubiera sido de la cristiandad? La Francia no tuvo solamente la gloria de mantenerse constante en la fe; hubo de combatir en su propio seno la expansion del error representado por Calvino, y la rebelion de una parte de su nobleza, un momento apoyada por la majestad real. El arranque nacional la salvó; se la vió, confederada en una santa liga, posponerlo todo á su fe, hasta la fidelidad á sus soberanos, y no consentir en reconocer al legítimo heredero, sino despues que hubo prestado juramento al Dios de Clóvis, de Carlo Magno y de S. Luis.

De este modo obró la Francia en los grandes peligros de la cristiandad; así satisfizo su obligacion de hija primogénita de la Iglesia. Aun no lo he dicho todo. Al tiempo en que el pontificado, apenas libertado de las tortuosas manos del Bajo Imperio, se hallaba amenazado de sufrir el yugo de una potencia bárbara, la Francia aseguró su libertad y su dignidad con las armas primeramente, en seguida y de una manera definitiva, con una dotacion territorial á la cual era aneja la soberanía. El jefe de la Iglesia, gracias á Carlo Magno, dejó de depender de una autoridad que, menos que nunca, por la formacion de los pueblos modernos, guardaba un carácter de universalidad, y pudo extender sobre las naciones, de quienes era padre comun, un cetro pacífico, en que todos tuviesen el gozo de no leer otro nombre que el de Dios. Esta grande obra fué la nuestra, y digo la nuestra, porque nuestros mayores ¿no son lo mismo que nosotros? Su sangre ¿no es nuestra sangre, y su gloria nuestra gloria? ¿No vivimos nosotros en ellos, y no reviven ellos en nosotros? ¿No han querido que fuésemos lo que ellos eran, una generacion de caballeros para la defensa de la Iglesia? Podemos pues decirlo, confundiendo con un orgullo legítimo los hijos con los padres, hemos aceptado el contrato propuesto por el Hijo de Dios al libre albedrío de las naciones; hemos conocido, amado y servido la verdad. Hemos sostenido por ella sangrientos combates y acaloradas discusiones. Hemos vencido á Arrio, Mahoma, Lutero, y fundado temporalmente el pontificado. El arrianismo derrotado, el mahometismo derrotado, el protestantismo derrotado, un trono asegurado al pontificado, hé aquí las cuatro coronas de la Francia, coronas que no se marchitarán en la eternidad. Así como los sacerdotes, los apóstoles, los doctores, las vírgenes, los mártires, tienen en el cielo su signo distintivo, porque nada de cuanto se ha hecho por el Señor se pierde,

y volvemos á encontrar cerca de él la gloria que le damos en la tierra, ¿por qué los pueblos fieles, los pueblos servidores de Dios, no habrian de conservar para siempre el signo de sus servicios y de sus virtudes? Los lazos de familia no se rompen en el cielo; Jesucristo, al ensalzar á su madre sobre los santos y los ángeles, nos ha demostrado que la piedad filial es una virtud de la eternidad. ¿Por qué habian de romperse los vínculos de las naciones? ¿Por qué no habíamos de reconocer nuestros caballeros, nuestros reyes, nuestros sacerdotes, nuestros pontífices, con un carácter que recordase sus trabajos comunes por el Señor y por su Cristo? Sí, quiero creerlo, sobre su túnica nupcial, lavada en la sangre del Cordero, brillarán indelebles y admirablemente tejidas las cuatro coronas de la Francia.

Quizá soy demasiado extenso, Señores, mas acordaos que es vuestra historia la que refiero; me perdonaréis el haberos hecho apurar hasta las heces este cáliz de gloria.

Así como todos los pueblos, la Francia habia sido llamada: la Francia, segun hemos visto, la primera entre todas las naciones, y sobre todas las demás, respondió á su vocacion. Pero no basta responder á su vocacion; es necesario perseverar. ¿Ha perseverado la Francia? A esta pregunta, Señores, tengo que dar una triste, una cruel respuesta; la daré. Diré lo malo, como he dicho lo bueno, siempre sin exageracion, pero siempre con energía.

Al suscitar á Lutero, al inventar el protestantismo, el espíritu de las tinieblas sabia muy bien lo que hacia; habia previsto que los pueblos, por mucho tiempo nutridos con la doctrina divina, quedarían muy pronto satisfechos con la doctrina humana. Habia calculado que despues de haber tomado la mentira por la verdad, los hombres serian conducidos, por el disgusto de la mentira, al disgusto de la verdad misma; y que de los abismos de la herejía, caerían en los abismos de la incredulidad. El protestantismo, por otra parte, no era una herejía ordinaria; pues no solamente negaba un dogma particular, sino tambien la autoridad, que es el sosten del dogma, y sin la cual no es mas que un producto de la razon. La razon, exaltada, debia tarde ó temprano emanciparse de las últimas envolturas de la fe, y el protestantismo caer en el racionalismo. Esto fué lo que sucedió, y lo que sucedió por la Inglaterra, la gran nacion protestante. ¡No quiera Dios que yo hable de ella con amargura! Cuando considero los trabajos, virtudes y heroismo que se necesitan para formar un pueblo y perpetuar su vida, no quisiera abusar mortalmente de la palabra contra una nacion. Pero si la injuria es indigna, la verdad

no lo es jamás. No podemos ocultar las faltas que todo el universo ha conocido; y resueltos á no callar las nuestras, nos es lícito recordar de quién hemos recibido el ejemplo de ellas. En Inglaterra fué donde la incredulidad nació. La Francia fué allí á buscarla, y una vez que hubo traído el gérmen, maduró en nuestro suelo con una rapidez y bajo una forma nunca vistas. Hasta entonces, cuando se atacaba la religion, se la atacaba como una cosa grave; el siglo XVIII la atacó con la risa. La risa pasó de los filósofos á los cortesanos, de las academias á los salones; subió las gradas del trono; se la vió en los labios del sacerdote; tomó asiento en el santuario del hogar doméstico, entre la madre y los hijos. ¡ Y de qué, pues, gran Dios! ¿ de qué se reían todos? ¡ Se reían de Jesucristo y del Evangelio! ¡ Y era la Francia!

¿ Qué hará Dios?... Aquí, Señores, empiezo á entrar en las cosas contemporáneas. Ya no se trata de lo pasado, sino de lo que hemos visto. ¡ Haga la Sabiduría, de donde procede la nuestra, que yo no diga cosa que no sea digna de oirse por una reunion de hombres que aprecian la verdad!

La Francia habia hecho traicion á su historia y á su mision; Dios podia dejarla perecer, como tantos otros pueblos decaidos, por su falta, de su predestinacion. No quiso hacerlo y resolvió salvarla con una expiacion tan magnífica como grande habia sido su origen. La dignidad real se hallaba envilecida: Dios le volvió su majestad, llevándola al cadalso. La nobleza estaba envilecida: Dios le volvió su dignidad, llevándola al destierro. El clero estaba envilecido: Dios le volvió el respeto y la admiracion de los pueblos, permitiendo que fuese despojado y muriese en la miseria. La fortuna militar de la Francia estaba envilecida: Dios le volvió su gloria, conduciéndola á los campos de batalla. El pontificado habia sido humillado á los ojos de los pueblos: Dios le volvió su divina auréola, ensalzándolo por la Francia. Un dia, las puertas de aquella basílica se abrieron; un soldado apareció en el umbral de la puerta, rodeado de generales y seguido de veinte victorias. ¿ Adónde va? Entra, atraviesa lentamente la nave, y sube al santuario: héle allí ante el altar. ¿ Qué vendrá á hacer el hijo de una generacion que se ha reido de Cristo? Viene á prosternarse ante el vicario de Cristo, y á pedirle que bendiga sus manos, á fin de que el cetro no sea en ellas demasiado pesado al lado de la espada; viene á inclinar su cabeza militar ante el anciano del Vaticano, y á confesar públicamente que la gloria no basta, sin la religion, para consagrar á un emperador. Habia comprendido, á pesar de todas las apariencias de lo contrario, que el soplo divino no

se habia retirado de la Francia, y hé aquí realmente el genio, no pararse en la superficie de las cosas, sino entrar en el fondo para sorprender la realidad oculta. Esto es verdaderamente gobernar los pueblos, no creer en sus malas inclinaciones, y levantar en ellos lo que les queda de grande y bueno. Así salvó Dios la Francia; así ensalzó cuanto ella habia humillado; así la rodeó con la majestad del infortunio y de la expiacion.

Un pueblo tratado de este modo ¿ es un pueblo abandonado? El signo de la resurreccion ¿ no se halla visiblemente sobre nosotros? Contad, si os es posible, las obras santas que hace cuarenta años pululan en la patria. Nuestros misioneros están en todas partes, en las escalas del Levante, en Armenia, en Persia, en las Indias, en la China, en las costas del Africa, en las islas de la Oceanía; en todas partes su voz y su sangre hablan á Dios del país que las derrama por el mundo. Nuestro oro tambien corre, por todo el universo, en servicio de Dios; hemos fundado la *Asociacion para la Propagacion de la Fe*, ese tesoro del apostolado, sacado sueldo por sueldo del bolsillo del pobre, y que lleva cada año recursos reales á las misiones mas lejanas de la verdad. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, revestidos de su humilde hábito, atraviesan incesantemente las calles de nuestras ciudades, y en vez de los ultrajes que recibian con demasiada frecuencia, no encuentran mas que las miradas benévolas del obrero, el respeto de los cristianos, y la estimacion de todos. Apóstoles oscuros del pueblo francés, crean sin ruido, introduciendo á Dios en la enseñanza elemental, una generacion que reconoce en el sacerdote un amigo, y en el Evangelio el libro de los pequeños, la ley del orden, de la paz, del honor y de la fraternidad universal. No solo recibe la infancia sus lecciones, sino que atraen á sí al adulto y reconcilian su hábito con la chupa de buriel, y la tosea mano del trabajador terrestre con la mano modesta del trabajador religioso. ¿ Quereis un espectáculo mas consolador todavía, y que no ha tenido ejemplo en la antigua Francia? Mirad, hé ahí adolescentes, estudiantes, jóvenes colocados á la entrada de todas las carreras civiles é industriales, sin distincion de rango ni fortuna: la caridad cristiana los ha reunido, no para ayudar al pobre con un dinero filantrópico, sino para visitarle, hablarle, tocarle, ver y conocer su miseria, y llevarle, con el pan y el vestido, el rostro piadoso de un amigo. Cada ciudad, bajo el nombre de *Conferencia de San Vicente de Paúl*, posee una fraccion de esta joven milicia, que ha colocado su castidad bajo la guardia de su caridad,

la mas hermosa de las virtudes bajo la mas hermosa de las guardias. ¿Qué bendiciones no atraerá sobre la Francia esta caballería de la juventud, de la pureza y de la fraternidad en favor del pobre? Con el mismo ardor que nuestros hijos combatian en otro tiempo á los infieles en la Tierra Santa, con el mismo combaten hoy dia la incredulidad, la disipacion y la miseria, sobre esta tierra santa de la patria. Que la patria proteja su libertad con su reconocimiento; y vosotros, Señores, reunidos aquí precisamente en favor de esta obra, no considereis solamente en vuestros beneficios los pobres que aguardan sus socorros, sino tambien la mano que os pide para ellos. Pagad á la vez en la limosna un doble tributo, el tributo de la caridad y el de la admiracion.

No he concluido, Señores, de decir todos los motivos de esperanza que dilatan en nuestro país el corazon del cristiano. Decidme pues: ¿dónde se ha refugiado la penitencia cristiana? ¿Dónde descubriréis, en el resto del mundo, nada que se iguale á la soledad, al trabajo y á la austeridad de la Trapa? Despues de haber errado por espacio de veinte y cinco años, de la Suiza al Austria, del Austria á la Rusia, de la Rusia á la Prusia, en todas partes víctima de una hospitalidad pasajera y sin compasion, la Trapa se ha restituido á la Francia, su cuna; en ella ha multiplicado sus casas, bajo la proteccion de la libertad comun, y nunca, en ningun tiempo, la virtud de la cruz ha florecido mejor y mas ampliamente que bajo el fecundo hábito de estos descendientes de S. Bernardó y Rancé. ¿No veis tambien, bajo todas las formas, resucitar el espíritu monástico, este espíritu que se extinguia en la antigua Francia, aun antes que leyes usurpadoras hubiesen golpeado con el martillo los viejos claustros tan queridos de nuestros abuelos? El Cartujo, el Jesuita, el Capuchino, el Benedictino reportan á la Francia su múltiple piedad, la oracion, la ciencia, la palabra, la contemplacion y la accion, el ejemplo de la pobreza voluntaria, el beneficio de la comunidad. Y hoy mismo, ante esta multitud que me escucha y que no se admira, aparece, sin audacia y sin temor, el hábito secular de santo Domingo.

¿Qué será, si deteneis vuestra imaginacion sobre las casas religiosas en que las mujeres han reunido sus virtudes bajo la tutela de la pobreza, de la castidad y de la obediencia? Aquí ya no os será posible nombrar las órdenes ni las obras. La caridad ha puesto el dedo sobre las diferencias mismas de las necesidades; ella tiene manos, tanto para las cicatrices como para las heridas. ¡Y ni un escándalo siquiera despues de cuarenta años! ¡ni una queja! ¡ni un

murmullo! La libertad ha sido mas fecunda que las antiguas costumbres feudales; ella ha sacado de las familias mas jugo generoso y pio. La Francia es siempre el país de las santas mujeres, de las hijas de la Caridad, de las hermanas de la Providencia y de la Esperanza, de las madres del Buen Pastor: ¿y qué nombre podria yo crear, que su virtud no hubiese ya bautizado?

Mi última mirada será sobre una iglesia de París, solitaria hace pocos años, hoy dia el punto de reunion de las almas de cien países, que ruegan de lejos y de cerca por la conversion de los pecadores: esto es recordaros nuestra Señora de las Victorias, y terminar esta ligera reseña de los trabajos de la Francia en el bien con un nombre demasiado dichoso para que no sea el último.

Verdad es, Señores, que no todos los obstáculos están vencidos; que no todas nuestras conquistas están admitidas; y que el error no ve con tranquilos ojos nuestros perseverantes esfuerzos. La clase media que nos gobierna, no ha hecho todavía acta de reconciliacion plena con Cristo y su Iglesia. Mas la clase media no es una clase separada de las demás, inaccesible, encerrada en sus privilegios y en sus preocupaciones; la clase media somos todos nosotros. Por un extremo, toca al pueblo, en donde se recrece incesantemente, y por el otro, á la nobleza y al trono, cuyos miembros selectos tienden á aproximarse por el inevitable atractivo de la distincion por todo cuanto es distinguido. Esta clase es pues móvil, se halla incesantemente renovada por la ascension de sus partes inferiores, que no le permiten crearse un espíritu para siempre, y está tambien sujeta al soplo que viene de las altas regiones. Dios ha dicho á la clase media de Francia: ¡Tú quieres reinar, pues reina! Tú sabrás lo que cuesta el gobernar á los hombres, tú juzgarás si es posible gobernarlos sin mi Cristo. ¿Por qué imaginar que siempre será lo que es generalmente en el día? ¿Por qué no ha de escuchar las repetidas lecciones de la experiencia? Muchos de sus hijos aumentan ya nuestras filas; ellos son los que forman, en su mayor parte, la Sociedad de S. Vicente de Paúl, y que reclutan con su piedad las órdenes religiosas. No desesperemos de una clase que es el fondo de la sociedad moderna, y cuyo advenimiento al poder, señalado con tantos hechos considerables, se liga sin duda con el plan general de la Providencia. Las dificultades deben avivar mas nuestro zelo. Están muy lejos de ser tan grandes como hace cincuenta años; y sin embargo, desde 1795, el conde de Maistre, entreviendo el horizonte que despues se ha despejado á nuestra vista, escribia estas notables palabras: « El

espíritu religioso, que no se ha extinguido en Francia, levantará montañas, y hará milagros. » Justifiquemos con nuestra perseverancia una profecía que la resurreccion de nuestra Iglesia coloca ya entre los mas altos presentimientos de la imaginacion ; llamemos á Dios los corazones por la caridad, tanto como los espíritus por la luz. Que aquellos que trabajan, no desmayen ; que los que nada han hecho, pongan manos á la obra. Y en este mismo momento, Señores, antes de salir de aquí, uníos al menos por la limosna, á todos los votos, á todos los esfuerzos, á todas las oraciones, á todos los sacrificios que, hace cincuenta años, ascienden al Cielo en favor de nuestra patria.

Monseñor, la corona de S. Dionisio ha caido sobre vuestra cabeza en una hora para siempre memorable, en una hora en que mas que nunca se opera la reconciliacion de la Iglesia con la Francia : tengo por garantía esta multitud que se agolpa en derredor de vuestra sede. Ruego á Dios, Monseñor, que lleveis por largo tiempo esta corona. Yo no puedo olvidar que en otra época fuí sostenido en esta cátedra por vuestros consejos y vuestro afecto. La ocasion solemne de agradecéroslo me habia fallado hasta ahora ; me aprovecho de ella con alegría. Me felicito de volverme á encontrar bajo los mismos auspicios en el día en que vengo á inaugurar la orden y el hábito de los Padres Predicadores franceses á la faz de mi país, y vos acabaréis, Monseñor, de coronar este momento de mi vida, derramando sobre nosotros vuestras bendiciones.

ELOGIO FÚNEBRE

De Monseñor de Forbin-Janson (1).

MONSEÑOR :

Señores :

Entre los hombres que la divina Providencia ha colocado en la Iglesia de Francia de cuarenta años á esta parte, pocos hay que se hayan atraido la atencion de sus contemporáneos en el grado que Mr. Carlos Augusto de Forbin-Janson, obispo de Nancy y de Toul, primado de Lorraine, al presente restituido á Dios. Pocos hay sobre todo que, con tan notables prendas de corazon, con los dones de una inteligencia tan viva, hayan triunfado menos de los obstáculos de su vida, y cuya persona y memoria hayan quedado menos á cubierto de las opiniones contrarias. Sobre las riberas del Asia, en las orillas mas lejanas de los rios de la América, ha visto unos pueblos seguir sus huellas, embriagarse con su palabra, darle en alta voz los nombres mas gratos al hombre ; ha visto otros repelerle de su seno, y ha muerto lejos de su silla episcopal, despues de catorce años de destierro, en una edad prematura. Menos feliz que otro obispo de su tiempo, cuyo palacio fué dos veces destruido por la tempestad, no ha podido morir en medio de su rebaño, y recibir en su féretro aquella postrera visita de los pueblos, que les inspira, cuando todo ha fenecido, un conocimiento mas moderado de su poder y una rectitud mas tranquila en sus juicios. Yo vengo, Señores, á hablar sobre esa tumba que no habeis visto, y que no veréis jamás ; vengo á hablar sobre esa tumba, porque la vida de Mr. de Janson merece ser estudiada en sus felices sucesos y en sus reveses, porque puede aprovechar á muchos, y porque la Iglesia de Francia le debe un recuerdo ; pero vengo á hacerlo tambien por

(1) Este elogio fué leído en la Catedral de Nancy el día 28 de agosto de 1844.

— (2) Monseñor Menjaud, obispo de Nancy y de Toul.